

PBRO.

R. VILLASBOL

TEOGENESIA

PQ7297
V35

R. C.



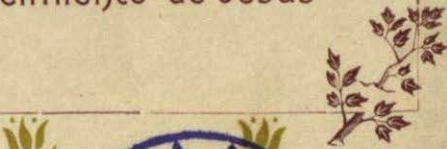
1020028411



TEOGENESIA

O EL

Nacimiento de Jesús



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Teogenesia

Ó EL

Nacimiento de Jesús



POEMA EN OCHO CANTOS

POR EL

PBRO. ENRIQUE VILLASEÑOR

Con aprobación eclesiástica

MEXICO
TALLERES "J. DE ELIZALDE"
2a de San Lorenzo, 10
1901

101038

37729

PA 7297

V35

230



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

PREFACIO DEL AUTOR

Después de algunos debates en las cámaras, ó más bien, celdillas de mi cerebro, sobre si debería ó no, mandar por delante un breve prólogo, al exhibir al público esta mi pequeña y primera producción original, y después de haber varias veces optado por la negativa; me resolví, finalmente, á seguir esa especie de moda, ó casi manía de la época, de nunca soltar una prenda en manos de los lectores sin hacer previamente su respectiva presentación ante el mundo literario, por medio de esa etiqueta ó ceremonia llamada *prólogo*, *prefacio* ó *prolegómenos*, ó como se le quiera llamar. Y es de advertir que generalmente no se toma en cuenta el que un desconocido no debe presentar á otro igualmente desconocido, so pena de exponerse á oír de liso en llano lo que en un caso semejante se dijo á cierto individuo: ¿y á Vd. quién lo presenta?

Yo, en verdad, aunque hace ya cinco años publiqué mi primer trabajo literario como traductor de la obra de Diego José Abad, á la que puse por título "Cantos épicos á la Divinidad y Humanidad de Dios"; sin embargo, no creo haber todavía salido de mi nativa obscuridad y silencio de mi escondite, y por tanto, se me podrán aplicar las citadas palabras.

Pero, sea lo que fuere, me acojo á la indulgencia del no siempre indulgente público, y paso al asunto.

Con el título de *Teogenesia* doy ahora á luz este mi raquíptico poemita sobre el nacimiento de Jesucristo, foco de toda luz, de toda vida, de toda belleza, y por consiguiente de toda poesía. ¿Quién en verdad, más digno de los cantos de todas las liras, de las rítmicas vibraciones de los pléctros angélicos y humanos, de las armoniosas notas de ese himno sempiterno que toda la creación en coro entona al Artífice Supremo? ¿Quién cómo Jesucristo ha amado ó amará jamás á los hombres con tanta ternura y suavidad, y con tal vehemencia y expansión de que sólo un Dios pudo ser capaz? ¿Quién, por consiguiente, más merecedor de las más grandiosas epopeyas que Aquel por quien la humanidad ha sido tan exaltada y encumbrada hasta sobre los mismos espíritus angélicos?

Yo, realmente, nada encuentro tan poético, tan hermoso, tan sublime, tan eminentemente ideal como Jesucristo; y, en igual modo, ninguno de los misterios de nuestra santa Religión, como la Encarnación y Nacimiento del Verbo Eterno, en los cuales se encuentra implícitamente, y como en un perfectísimo trasunto, la redención del género humano. Quisiera yo tener la inteligencia y las lenguas de los eternos bardos de la celeste Sión para cantar menos indignamente á Jesucristo, y hacer que los corazones de los hombres palpiten de amor por su más tierno amigo, por su más ardiente y excesivo amante.

Esta ha sido mi principal mira, al poner mano en éste que no merecerá ni llamarse tenue y palidísimo bosquejo de las grandezas del amor divino; producir siquiera una palpitación de amor, en los tal vez pocos lectores que espero tener de la presente, que podrá equivaler al pequeño óbolo de la viuda del Evangelio. Debido á este mi intento que me he propuesto secundar, creo haber aun traspasado los moldes y barreras de la epopeya. Y así en el primer canto me extendiendo algo más de lo necesario en lo relativo á la misión del Verbo eterno á un mundo criminal y delincuente; y, dilatando los horizontes de la perspectiva, y por consiguiente, del plan trazado, me su-

merjo en las amarguras y dolores de la Pasión del Redentor. A este mismo fin, he establecido en el trascurso de la obra dos grandes campos de batalla que se abren y dilatan ante los ojos del espectador. En el uno, pinto las luchas del Eterno Amor por salvar al hombre; y en el otro, al tirano y enemigo jurado de la criatura racional, el homicida del género humano, al frente de la compacta falange de los espíritus infernales, apurando toda su antigua saña y astucia por desbaratar los amorosos planes del Hijo de Dios, y hacer quimérico el apogeo y engrandecimiento de la humanidad.

Y así intencionalmente me dedico á recalcar las sombras de este grandioso cuadro de la regeneración humana para que más resalten las luces, destellos y perfiles de la colosal obra del Verbo eterno. Estoy muy lejos de pretender que esta mi humilde obrita llene las tan difíciles medidas de un poema épico. Pero vuelvo á repetir cuál ha sido en ella mi principal intento. Si lo consigo, ó no, lo dudo altamente en vista de las escasísimas dotes que me adornan para tan grandioso argumento y tan alto fin; y termino confiando el éxito de la presente á Dios, en primer término, y á la implorada benevolencia de mis lectores.

Jiquilpan, 22 de Mayo de 1901.

